

El México Inseguro

- ★ La Policía, Cara Oscura y Siniestra del Gobierno
- ★ Fama de Corrupta e Ineficiente que Pasa Fronteras
- ★ Parece no Estar Bajo Control de Ninguna Autoridad

LORENZO MEYER

No se puede menos que sonreír con amargura al considerar que al inicio de la vida independiente de nuestro país —como en otros de la época— el término “policía” era sinónimo de buen gobierno. Hoy, tal definición no es admisible ni siquiera en teoría, menos en la realidad.

En términos generales, las características fundamentales de los cuerpos de policía en el mundo son un reflejo de las características centrales del gobierno al que sirven. Desgraciadamente, sólo una minoría de gobiernos tienen policías que se aproximan al modelo ideal de lo que debe de ser ese cuerpo. El modelo es éste y fue propuesto en 1962 por la real Comisión de Policía Británica: “La policía debe de ser fuerte pero no opresiva; debe ser eficiente pero sin llegar a intervenir en asuntos que no son de su competencia; debe de mantenerse como una fuerza

SIGUE EN LA PAGINA ONCE

Sigue de la primera plana

imparcial del cuerpo político, pero a la vez debe estar sujeta a un cierto grado de control por parte de personas de las que no se demanda imparcialidad (las autoridades elegidas), pero, a la vez, ellas mismas pueden ser objeto de la supervisión policiaca”.

Desde luego que la función propia de toda policía —hacer uso de la capacidad de violencia del Estado en contra de quienes violan o pretenden violar la ley— lleva a los integrantes de ese cuerpo a desarrollar más los aspectos menos amables del gobierno. Sin embargo, y en términos generales, siempre se corresponden, en su esencia, la parte y el todo: la policía es un espejo en el que se refleja, aunque con alguna distorsión, la imagen del gobierno al que sirve y del que es parte. Así pues, en nuestra policía se refleja nitidamente una de las caras más oscuras y siniestras del gobierno mexicano, pero es tan parte de ese gobierno —comparte sus características básicas—, como lo son la elegante tecnocracia de la Secretaría de Hacienda, los bien leídos funcionarios de la Secretaría de Educación, o los cosmopolitas miembros de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

Y que no se diga que la policía mexicana es la cara desagradable del gobierno porque el grueso de sus miembros provienen de una clase social distinta —más baja— de aquella en donde se reclutan los cuadros de las secretarías y organismos más “modernos” y presentables del aparato gubernamental. Un especialista en el tema asegura que: “en las sociedades modernas la neutralidad política y el respeto por la legalidad de la policía es menos un asunto de las fuentes sociales del reclutamiento y más de la organización interna, el entrenamiento y el control sobre la policía” (David J. Bordua, *International Encyclopedia of the Social Sciences*, V. 12, p.177). Los responsables últimos del control de la policía no son, o no deberían ser, los policías mismos, sino los modernos políticos a cargo de los ejecutivos federal y estatales.

El origen mismo del término “policía” es muy ilustrativo de la íntima relación entre ésta y la política en general. El diccionario señala que el término proviene del griego *politeia*,

que significa tanto el conjunto de ciudadanos, como su forma de vida y la administración de la polis. En el latín tardío, *politia* era sinónimo de “administración gubernativa”. Hoy, el policía uniformado es el representante más visible del gobierno y la persona con la que muchos ciudadanos tienen su primer contacto real con la autoridad.

Ningún gobierno se puede decir moderno, eficiente y respetuoso de los derechos de la ciudadanía, si forma, se sirve y sostiene a cuerpos policiacos de la calidad del mexicano. En teoría, la policía debería ser el “cuerpo encargado de velar por el mantenimiento del orden público y seguridad de los ciudadanos bajo las órdenes de las autoridades políticas y judiciales”. En la práctica, la mexicana es casi lo opuesto y da la impresión de no estar bajo el control de ninguna autoridad superior.

La policía mexicana tiene un origen viejo, prehispánico incluso. En la Colonia surgió la Santa Hermandad de la Acordada, institución que tenía una amplia jurisdicción y alto grado de autonomía. Sus métodos fueron “verdaderamente crueles y no se tentaban el corazón en lesionar o mutilar al que cometiera algún delito dejando a los heridos o muertos tirados en la vía pública” (Jorge Nacif Mina, *La Policía en la Ciudad de México, 1524-1928*. Socicultur, 1986, p.22). Con la Independencia, desapareció la Acordada, pero eso en nada mejoró la situación sino todo la contrario. En la ciudad de México la nueva autoridad formó el cuerpo de Celadores Públicos, pero el problema realmente grave estaba fuera de los límites de las ciudades. En el México independiente, la seguridad era un bien realmente escaso. Hacer un viaje de la capital a Puebla, por ejemplo, significaba tener que pagar protección a los famosos bandidos de Río Frío o correr el riesgo de llegar a su destino tan desnudo como Adán... o de plano no llegar nunca. A mediados del siglo pasado, la prensa describía a la ciudad de México como la más insegura del mundo, y donde el revólver era un artículo indispensable para todo aquel que se aventurara por sus calles una vez caída la noche. (Jonathan Kandell, *La Capital*, Henry Holt, 1990, p.361).

Cuando bajo la larga presidencia de Porfirio Díaz, nuestros primeros liberales finalmente impusieron su orden, la policía se transformó y hubo un primer esfuerzo serio por profesionalizarla. Sin embargo, su cuerpo más famoso, el de los Rurales de la Federación, nunca fue tan profesional como lo pretendieron o imaginaron las élites porfiristas, pero es un hecho que la seguridad en los caminos mexicanos mejoró, aunque no necesariamente la justicia. La Revolución de 1910 significó, entre otras muchas cosas, el retorno a etapas anteriores en materia de seguridad. Ahora bien, una vez concluida la guerra civil y consolidado el nuevo régimen, los nuevos gobernantes —y por razones no fáciles de comprender— no tuvieron entre sus prioridades crear una policía auténticamente profesional y que, aunque dedicada a defender al régimen, también velara por el mantenimiento de un orden público medianamente aceptable. A lo más que se llegó fue, a raíz de la segunda Guerra Mundial, a dar forma a una policía política relativamente profesional —la Federal de Seguridad (PFS)— pero desatendiéndose del resto del problema o sea, del que realmente importaba al ciudadano común. En el decenio pasado, los largos tentáculos del narcotráfico enredaron tanto a la famosa PFS, que los altos responsables políticos la consideraron irrecuperable y la suprimieron.

La modernización neoliberal parece haber puesto todo su esfuerzo en las grandes políticas macroeconómicas, esas que tanto renombre le dan en el extranjero y tanto gustan a las cúpulas locales. En contraste, ha relegado a un plano muy secundario la solución de muchos de los problemas que afectan a la vida micro, es decir, a la vida cotidiana de la mayo-

ría de los mexicanos, como son salarios, servicios públicos, y, otra vez, la policía. Hoy, la indefensión de los ciudadanos ante el crimen es un hecho evidente. La ciudad de México y otras grandes ciudades son, más que antes, zonas de gran inseguridad. Pero lo peor no es eso, sino que una parte importante de los crímenes los comete la propia policía. El ciudadano teme tanto al criminal como al supuesto protector, al policía.

La prensa nacional ha dado en estos días los pormenores del caso de Rafael Delgado Luviano, el reportero de EXCELSIOR, que fue agredido la madrugada del 21 de noviembre en la ciudad de México por unos patrulleros, que no contentos con secuestrarlo y robarle tres millones de pesos y sus documentos, le golpearon hasta hacerle estallar un ojo y dejarlo abandonado. Desafortunadamente, lo sucedido a Delgado Luviano no es excepcional, sino un caso de tantos y que, pese a la publicidad, no ha sido aclarado a satisfacción de la víctima. El caso de Delgado Luviano y muchos otros similares, indican que una de las actividades básicas de la policía del Distrito Federal y del resto del país, es la de cebarse sobre aquellos mexicanos que por razones circunstanciales o estructurales, están en situación de mayor indefensión. Nuestra policía lejos de ser parte de la solución del problema de inseguridad ciudadana, es parte central de ese problema.

Para corroborar lo anterior, no se necesita ir muy lejos, estoy seguro que el grueso de los lectores tiene una experiencia directa o de alguien conocido, sobre la ineffectividad de la policía como protectora de la sociedad y de su efectividad como extorsionador. Personalmente puedo atestiguar que cada vez que mi familia solicitó auxilio

por teléfono al cuartel de policía que se encuentra a cien metros de nuestra casa en Contreras, se le aseguró que si la había disponible, se enviaría una patrulla, a una nueva llamada para cancelar la solicitud, se contestó que la unidad ya había salido... ¡eso ocurrió hace tres años y aun no ha llegado! En cambio, en las dos ocasiones en que, por olvido, saqué el auto en un día en que no circulaba, no pasaron ni cinco minutos antes de que una patrulla me diera alcance, ansiosa por conseguir la jugosa "mordida" que le deparaba la ocasión.

La fama de la policía mexicana como corrupta e ineficiente, hace tiempo que pasó las fronteras. En su libro, *Distant Neighbors*, Alan Riding, el antiguo corresponsal del *New York Times* en nuestro país, asegura que en México: "La policía da protección a las organizaciones criminales de narcotraficantes, contrabandistas y tratantes de blancas, deja en libertad a los automovilistas ebrios y los criminales menores después de extorsionarlos, y antes de iniciar una investigación criminal exige una gratificación. Con frecuencia, cuando un juez expide una orden de arresto, varias unidades policíacas compiten entre sí para ser las primeras en localizar al acusado, para luego sobornarlo y dejarlo escapar" (p. 117). *The Mexico Report*, del 10. de octubre de

este año, pone en un recuadro la siguiente afirmación de un abogado mexicano norteamericano: "Los peores ladrones y criminales en la ciudad de México son policías. Todo tipo de policías. Los que están en activo o los que alguna vez fueron parte de la corporación".

A ello debe agregarse la violación de los derechos humanos. Citando el libro sobre México que acaba de publicar en español *Americas Watch*, y que se titula: *Derechos humanos en México. ¿Una política de impunidad?* (Planeta, 1992). "En México la tortura es endémica: la practica la mayoría de —si no todas— las policías federales y estatales, y el ejército, en todas las latitudes del país. Desde golpizas, amenazas de muerte, toda clase de intimidaciones psicológicas, hasta técnicas de tortura sofisticadas... En México la tortura no se reserva para la intimidación o castigo de opositores políticos, es una técnica para la ejecución de la ley, que se utiliza para obtener confesiones (el fin justifica los medios), o incluso para extorsionar a los prisioneros o a sus familiares: es una práctica arraigada en este país..." (p. 29). No hace mucho la prensa nos presentó con todo detalle

la tortura a que se sometió a un grupo de mariachis de Garibaldi y a su chofer. La semana pasada, Tomás Mojarro pasó en su programa radiofónico, partes terribles de lo que aseguró era una grabación de una conversación entre un torturado —que después falleció— y su torturador.

En resumen, la modernización del país que ha llevado a cabo la élite neoliberal, ha privilegiado los niveles macroeconómicos, y descuidado la realidad del mexicano normal. Y una de las áreas en que más se nota es la policíaca. Ese descuido, al nivel individual, produce verdaderas tragedias. Para la sociedad en su conjunto, da como resultado la existencia de una mezcla de indefensión, humillación y un profundo resentimiento contra la autoridad; contra la policía en particular y contra toda la estructura de autoridad en general. No hay que olvidar que en varias encuestas de opinión, la imagen del policía, pero también la del político, se encuentra entre las que menos res-

peto despertaron entre los encuestados.

Para concluir, el problema policíaco de México es serio y por ahora no se ven soluciones. Pero mientras la élite política —cuya forma de vida en materia de seguridad no tiene nada en común con la del mexicano promedio, pues a esa élite la policía le es servicial hasta el exceso— lo vea con indiferencia o se muestre incapaz de resolverlo, no podrá pedir o esperar que la sociedad civil le considere moderna o eficaz, mucho menos, moral.